

Juntos en la arena

Agustina Chiera

Juntos en la arena

Chiera Agustina M.

Capítulo 1

Juntos en la arena

El mar que observo es diferente. La arena es firme. Mientras camino me uno a ella.

Está atardeciendo, los sueños del corazón toman color y vuelven a soplar en mi vida. El paisaje es especial. Brilla y todo tiene sentido. En fin, se trata de la belleza de la naturaleza.

Escribo estas palabras mirando al cielo, o más bien sonriendo hacia mi compañero sentado a mi lado. No lo puedo ver pero si sentirlo. Él está en mis temores, en mis proyectos, en las historias de vida tristes pero con finales felices que escucho día tras día. Me toma de la mano y me lleva a caminar y está bien, de todos modos ejercito mis piernas para hacer frente a los obstáculos de la vida.

Me acerco hacia el muelle donde el sol hace su última actuación del día. Ahora ingresa la luna y las estrellas para profundizar las emociones escondidas detrás de mi alma. Y si, se trata de comprenderlas para crecer. En tal abrumación siento nuevamente esa energía que me sujeta y una paz indescriptible que me abraza. Rezo y le pido que me ayude, que me dé fuerzas para salir adelante de las pruebas de la vida. Cuanto miedo cuando todo va bien y cuánta tristeza cuando no ocurre lo que soñamos. Doy media vuelta y lo suelto todo dejándolo en sus manos. Allá va bailando la ira, la tristeza, la toalla tirada al vacío, la depresión y la ansiedad de una vida inmediata.

– Nunca estarás sola – dijo con su voz celestial.

Todo alrededor se tornaba de una luz brillante. Su voz resonaba en mis oídos y es así, en mi vida no lo estuve ni estaré jamás.

Sus silencios son aquellas palabras que quedan sin significado, para luego incluirlas en un libro que llega al éxito. Sus melodías, parábolas y palabras son la literatura del alma y a ella me uno. A ella me dejo caer en los momentos en los que me encuentro perdida y sin rumbo, triste o tal vez mirando a una pared blanca mientras tomo una infusión de manzanilla.

Cerrando mis ojos regreso a la playa. Allí se encuentra mirándome mientras me tropiezo con una piedra. Comienzo a quejarme y un centenar de estrellas de a poco cubren el cielo azul de la noche.

– En lugar de quejarte por la piedra, mira las estrellas que te regala la naturaleza. Deja de enfocarte en las malas circunstancias, son temporales. Allá a lo lejos cuando yo lo decida y en mi tiempo, tendrás

respuesta de porque te tropezaste con esa piedra hoy y en este momento. Sígueme mirando con tu fe y sígueme escuchando que siempre estaré para ti – Tocan la puerta y el poco té de manzanilla que quedaba por terminar se me cae en la chaqueta.

Es equivocado. Regreso al sofá de las historias idealistas que solo ocurren en mi cabeza. Ya no puedo regresar a la playa. Tal vez sólo quería darme aquél mensaje de aliento, amor, verdad y vida.

Lo sé, el tiempo no me pertenece. El tiempo no es del reloj, es de la vida. Es difícil comprenderlo. Todo llega a su debido tiempo, en relación a nuestra mente, a nuestra vida y a nuestra preparación para vivir y afrontar lo que esté escrito. En esta comprensión que me agobia pero me da esperanzas me voy a descansar y dejo que su divinidad comande mis decisiones, mis metas, mis sueños y convierta mi corazón en amor para los demás.

Andando juntos por la playa me encontré y lo encontré.

Sin dudar, todos los días de esta vida se aprende a caminar.

Chiera Agustina M.